LA DAMA COLERICA
Ó
NOVIA IMPACIENTE,

COMEDIA EN PROSA, EN UN ACTO.

PERSONAS.

Emilio.	*German.* } *Criados.*
Rosa y Volmar hermanos.	*Teresa.* } *Criados.*
	Un Jardinero.

Es la Escena en lugar inmediato á Madrid.

ACTO UNICO.

Sala adornada con elegancia, con un sofá, sillas &c. A la derecha chiminea francesa con libros, vasos, flores y un cordon de campanilla inmediato: habrá una guitarra sobre una silla; á poca distancia un tocador donde estará un peine de batir, un retrato de señora pequeño y una campanilla. A la izquierda una mesa sobre la que habrá un violin, papeles de música y una carpeta para dibujar; cerca del tocador habrá sobre una silla un bastidor para bordar.

ESCENA I.

Teresa y German, acabando de arreglar los muebles de la sala.

Germ. ¡Qué diablos! pues son cerca de las once, y todavía los novios no parecen.
(mirando el reloj)

Ter. Caspita! Son las noches tan cortas en la primavera.

Germ. ¿Pero no es verdad que los recien casados hacen una pareja preciosa?

Ter. Yo lo creo: como que nuestro amo el capitan Emilio, es un caballero completo: es un vivo retrato de su difunto Padre.

Germ. ¿Y se te olvida el talle gentil de la novia? sus ojos rasgados, y su carilla picaruela? ¡terrible fi-

sonomía tiene de duende consentido!

Ter. Toma, si la tiene! ¿sabes lo que recelo, German? Que nuestro amo, no ha de ser dichoso con ella. Me temo mucho que esta señorita tenga mal genio. ¿No has visto como maltrató ayer á la doncella que trahia de Madrid? yo creí (Dios me lo perdone) que la iba á dar un bofetoo.

Germ. Tú siempre echas las cosas á mala parte, monita:: A veces estas doncellas de Madrid, son tan fastidiosas::- y despues la señorita tiene tan pocos años, tan pocos:; y nuestro amo Emilio es tan juicioso.

Ter. Me alegraré de engañarme, pero::-

Germ. Pero no puedes negar, esposa mia, que la boda ha sido magnífica: ¡Qué bien parecian los muchachos puestos sobre las armas! ¡Y que plática tan profunda le hizo el cura á la novia!

Ter. Sí en verdad: como que le habló en latin.

Germ. Todo esto me recuerda el dia de nuestro casamiento. ¿Sabes que hará treinta y cinco años por el mes que viene?

Ter. Ve aqui un hombre.

Germ. ¿Te acuerdas de aquel dia, Teresa?

Ter. ¿Si me acuerdo? todavía me parece que me veo en él.

Germ. Y me ves con mi sombrero en la mano, y mi gran ramo de flores cuando iba á sacarte para empezar el baile?

Ter. Ay! como palpitaba mi corazon en aquel momento!....

Germ. Y el mio lo mismo: me parece que todavía::-

Ter. Vamos German: dejémonos de niñerías; eso está bueno para los novios que estan allá dentro; pero yo me entretengo aqui, y se me olvida que tengo que hacer. La señorita ha despedido á su doncella, y el amo me encargó que todo lo tuviese prevenido para cuando viniese al tocador. En verdad que me veo en un apuro::

Ger. Ah! ve aqui á nuestro amo Emilio, que viene con su cuñado el señor Mayor.

Ter. ¡Qué guapo caballero parece este señor Mayor!

ESCENA II.

Dichos, Emilio y Volmar.

Emil. Buenos dias, amigos mios.

Ter. Señor, estoy para serviros.

Emil. German, tú has trabajado mucho para disponer el festejo de ayer.

Germ. ¿A eso llamais trabajo, Señor? cuando se trata de celebrar vuestra dicha...

Emil. Al tiempo que he pensado en la mia, no se me ha olvidado la vuestra: ya era justo recompensaros el mucho tiempo que me habeis servido, y acabo de asegurar á los dos una pension para el resto de vuestra vida.

Ter. Ah Señor, ¡qué bondad la vuestra! dichosos serán nuestros últimos dias, si los pasamos á vuestro lado.

Emil. ¿Ves, hermano, estas dos personas honradas? pues son dos antiguos compañeros mios, á quienes ama siempre mi corazon. German era el criado de confianza de mi padre, y Teresa la doncella querida de mi madre: entrambos me cuidaron en mi niñez.

Ter. Cierto, señor Mayor. ¿Quién dirá viéndolo hecho un hombre tan guapo, que es el mismo que yo llevaba en mis brazos? Si Señor, os llevaba en brazos; ¡y qué lindo que estabais!

Germ. Todavía me parece que le estoy viendo con su vestidillo verde.

Emil. Ya basta, amigos mios, ya basta: idos, y no trabajeis mucho, que ya es justo tengais reposo.

Ter. ¡Ay Señor! nunca nos faltarán fuerzas para serviros.

Germ. Vamos, ven muger, que no debemos incomodar. Haz tu cortesía, y::

Ter. Vamos, vamos. A Dios señores, estoy para serviros.

(*Hacen sus cortesías.*)

Germ. ¡Qué generoso, qué perfecto amo tenemos! (*vanse.*)

ESCENA III.

Emilio y Volmar.

Vol. Y bien, amado Emilio, ya deben estar colmados tus deseos.

Emil. Sí, yo te lo confieso: no conozco persona alguna en el mundo, cuya suerte me parezca comparable á la mia. Rodeado de criados fieles, de verdaderos amigos, dueño de un patrimonio considerable, y esposo de una muger jóven y hermosa, espero pasar una vida tranquila y feliz, dividiendo mis dias entre el amor y la amistad.

Volm. Bien sabes, Emilio, cual fue mi regocijo, cuando me propusiste tu boda con mi hermana.

Emil. Sí, y me enternezco al recordar la franqueza con que::

Volm. Escucha, amigo: yo te previne de todo segun lo ecsijia mi honradez; te dije cuales eran las buenas cualidades de mi hermana, y no te oculté sus defectos: pero tu amor creció muy aprisa, y tu matrimonio se ha hecho tan pronto que no has tenido tiempo para esperimentarlos::- Si hubiera callado, acaso pudieras algun dia decirme: „Volmar, yo no soy feliz; tu hermana es una muger aturdida, impaciente y colérica.

Emil. Ah Volmar, ¡cómo ponderas!

Volm. No Emilio, te lo dije en tiempo y ahora te lo repito. Rosa está mal educada; quedó huérfana muy niña en poder de una tia que la idolatraba: un monton de criados estaban siempre prontos á ejecutar sus órdenes: asi ha sido tan impaciente, y tan co-

lérica que acaso no habrá muger que se la pueda comparar.

Emil. Parece la misma dulzura.

Volm. Pues es un diablo. Cuando tiene la cólera en su punto, rompe y destroza cuanto cae en sus manos; ninguna criada puede parar con ella arriba de ocho dias. Ayer mismo, apenas bajamos del coche, cuando despidió á su doncella Justina por una friolera; pero en verdad que admiro la frescura con que escuchas estos pormenores.

Emil. Es que en primer lugar creo que tu pintura está muy recargada, y en segundo sé que los hermanos no son muy aduladores.

Volm. Los amantes son ciegos.

Emil. Será; pero te juro que apenas se le ha escapado un movimiento de impaciencia delante de mí.

Volm. Bueno por vida mia! Yo no estraño que la víspera de su boda una muger sepa disimular sus defectos: al otro dia se contiene todavía; pero al siguiente :: Ay, ay! al siguiente ya pensarás otra cosa.

Emil. Cualquiera que te oyese, creeria que quieres intimidarme; pues no, Volmar: yo estoy muy tranquilo. Rosa tiene pocos años; jamas han sujetado su genio vivo, segun tú mismo me has dicho. Se han anticipado para contentar sus menores deseos, y finalmente lo que se llama una niña echada á perder; pero es franca, sencilla, tiene talento, y me ama: no tienes porque inquietarte, que ya verás que bien nos avenimos.

Volm. No lo dudo: ella tiene buenas cualidades, y es lástima que ese maldito defecto ::

Emil. Un defecto se puede corregir.

Volm. Era menester educarla de nuevo.

Emil. Ese mismo es mi proyecto.

Volm. ¡Un marido mentor!

Emil. ¿Y por qué no? ¿En un buen matrimonio el mas juicioso de los dos, no debe dar sus consejos al mas débil?

Volm. Hacer burla de las lecciones de un marido.

Emil. Reflecsiona que no estamos en Madrid. Yo tenia yà mi plan formado, cuando manifesté que deseaba se luciera nuestra boda en este lugar :- Aqui, Rosa es enteramente mia; no tengo que temer la disipacion, ni los consejos pérfidos.

Volm. Ni los malos ejemplos.

Emil. Volmar escucha: ¿amas á tu hermana?

Volm. Ah, tú lo sabes.

Emil. Pues tú puedes ayudarme en mi proyecto.

Volm ¡Quién! yo?

Emil. Con tu auxilio quiero hacer que Rosa sea la muger mas pacífica, la mas complacjente del mundo.

Volm. ¡Ay amigo, qué obra vas á emprender!

Emil. Ella viene .... Calla: de aqui

á un momento iremos á hacer algunas visitas, y por el camino te esplicaré ::-

ESCENA IV.

Volmar, Emilio y Rosa vestida de por la mañana con un descuido elegante.

Rosa. Buenos dias esposo; felices hermano.

Emil. De tí estábamos hablando. Volmar estaba haciéndome tu elogio; pero me parece que no estás contenta: ¿tienes algun disgustillo?

Rosa. ¡Ay Emilio! me veo en un apuro cruel: ¿sabes la desgracia terrible que me sucede?

Emil. ¿Cuál es?

Rosa. Que me hallo sin doncella para vestirme.

Volm. Jesucristo!

Ros. Ayer por una viveza de mi genio despedí á Justina. Bueno! Pero ¿creerás que hizo la tontería de irse?

Emil. ¿Qué podia hacer mejor que obedecerte?

Ros. No por cierto; hoy por la mañana lo he sentido: acabo de enviar á llamarla; pero ya se habia marchado.

Volm. ¡Oh! eso es insufrible.

Ros. Por lo demas me consolaré pronto; porque era tan indolente y tan pesada, que no se la podia tolerar.

Volm. Me parece que la víspera de nuestro viage despediste otra.

Ros. No hables de ella, porque era tan atolondrada y tan entremetida, que no he visto un torbellino semejante.

Emil. Segun veo con dificultad encontrarás una buena.

Volm. Oh! Es que para llegar á un empleo de tal importancia, es preciso haber estudiado profundamente.

Ros. Bueno, hermano: empiezas, segun acostumbras, tus sátiras contra las mugeres: no te puedes pasar sin ellas, y siempre tienes que murmurarlas. Ve aquí una contradiccion de las que yo no puedo sufrir.

Emil. A Dios, esposa mia.

Ros. ¿Con qué tan pronto me dejas?

Emil. Voy á hacer algunas visitas con tu hermano.

Ros. ¿Cuáles visitas?

Emil. Vamos á ver algunos ricotes del pueblo, y á suplicarles que nos acompañen hoy á comer.

Ros. Ay Dios mio! ¡Y como haré yo para vestirme!

Emil. Pierde cuidado Rosa: aquí tenemos la antigua doncella de mi madre, que en sus tiempos tenia mucha habilidad. Precaviendo yo el apuro en que te hallabas, la dije que lo tuviera todo dispuesto para cuando te pusieses al tocador: al salir ahora, la diré que venga, á Dios.

Ros. A Dios Emilio; volverás pronto, ¿no es verdad?

Emil. Dentro de un instante estamos de vuelta.

Ros. Te prevengo, que cuando no estoy á tu lado, todo me fastidia.

Emil. A Dios. (*La besa la mano.*)

ESCENA V.

Rosa sola.

Ros. Veamos, ¿que vestido me pondré? mi túnica celeste :: no, no; me pondré mi camisa de crespon blanco, guarnecida con una guirnalda de flores. Emilio no me la ha visto todavía, y le voy á parecer con ella bonita como un ángel. ¡Qué amable es Emilio! no se espera él el regalo que le prevengo: voy á darle mi retrato.

ESCENA VI.

Dicha, y German.

Germ. Señora, vengo á deciros, que mi muger está arreglando vuestros vestidos, y vendrá á serviros al instante.

Ros. Está bien, amigo.

Germ. Y bien señora, ¿qué tal os parece nuestro pais?

Ros. Muy agradable. (*Componiéndose el pelo al espejo.*)

Germ. ¡Qué diablos! pues está bien lejos de valer lo que Madrid.

Ros. ¿Con que tú has visto á Madrid, German? (*Puesta en el tocador.*)

Germ. Si señora: tal como me veis hice el viage en el año de setenta y siete con el difunto conde. Era el invierno:: me acuerdo que hacia un frio ::

Ros. Ah! Ve aquí mi guitarra :: ¿quién la ha puesto en este sitio?

Germ. Yo señora, que la saqué del cajon.

Ros. Qué desafinada está; (*tomándola y recorriéndola*) es preciso templarla; con que German ibas diciendo:,

Germ. Iba diciendo que habia hecho el viage de Madrid. Llegamos el dia ocho de enero... (*Salta una cuerda de la guitarra*) al dia siguiente, como á estas horas, me sucedió la aventura mas estraña :: (*Salta otra cuerda.*)

Ros. ¡Oh Dios mio!

Germ. Por vida mia, señora, que os la tengo de contar. Yo estaba hablando muy descuidado en la calle de Atocha, cuando de repente oigo un ruido :: (*Salta otra cuerda, y tira la guitarra.*)

Ros. Oh! esto es intolerable.

Germ. San Dionis bendito! ¿Qué es eso?:: qué es esto? A fe mia que pensé que todavía estaba allá.

Ros. Vamos, qué haces ahí? retírate; y tu muger? mira como viene!

ESCENA VII.

Dichos, Teresa con una caja de carton en que habrá un vestido de crespon blanco, con un faralá encarnado y un sombrero.

Germ. Al instante vendrá, señora; al instante.. (*Sale ahora.*) Ya está aquí.

Ros. Estas gentes son capaces de matarme con su pesadez.

Germ. Tenias razon, Teresa; tenias razon: en efecto es un poco pronta nuestra señora, un poco pronta. (*Ap.*)

Ros. Vamos, Teresa, acércate, que te estoy esperando.

Germ. ¡Qué cabeza! ¡ay qué cabeza! (*Dice esto aparte, y se va.*)

ESCENA VIII.

Rosa, y Teresa acercándose poco á poco.

Ter. Ya estoy aquí, señora, dispuesta á serviros en cuanto mis fuerzas alcancen.

Ros. ¡Qué linda traza de doncella! (*Ap.*) Toma la llave de mi tocador, abre la gaveta de en medio, y sácame mi peine. ¿Estás en estado de arreglarme el pelo?

Ter. ¿El pelo, señora? no tengais cuidado; os haré un tupé y un ciñon. (*Saca el peine, y cierra.*)

Ros. Ay Dios mio! Emilio va á volver, despáchate. (*Se le cae el peine, y Rosa le alza.*) Que torpe eres.

Ter. Si me dais tanta prisa:: Tomad vuestra llave. (*Toma la llave, la ata al pañuelo, y la deja en el tocador.*)

ESCENA IX.

Dichos, y Emilio en el foro.

Ros. Pero ¿tú sabrás vestirme?

Ter. Eso, señora, no se pregunta á quien ha sido doncella de tocador treinta y dos años. Por lo demas no me toca alabarme: ahora vereis si sé mi obligacion: vuestros vestidos estaban capaces de espantar; yo los he puesto de moda.

Ros. ¿Has tocado á mis vestidos? (*Los saca del cajon impaciente.*) Dios mio, ¿qué diablura es esta? ¿qué es esto?

Ter. Señora, esto es un faralá: esto otro es una bata.

Ros. ¡Qué cosa tan horrible! ve aqui mi vestido echado á perder, inservible.

Ter. Pero, señora, cuando yo salí de Madrid, esto hacia furor.

Ros. ¿Y mi sombretito? (*La tira el vestido á la cara.*)

Ter. Señora, he hecho con él un bonetillo; miradlo, está soberbio. (*Le saca.*)

Ros. Véte, quítate de mi vista te digo. (*Furiosa.*)

Ter. Jesus! Jesus mil veces! ¿qué demonio.... (*Vase.*)

ESCENA X.

Rosa, Emilio observando siempre desde el foro, se ha estado sonriendo la escena anterior.

Ros. ¡Qué desgraciada soy! ¿y mi guirnalda? la maldita la ha quitado del vestido para apelmazarla en mi sombrero! maldita! (*Lo tira y pisotea todo, arrancando las flores.*)

Emil. Bueno! perfectamente! heme aquí: este soy yo:: Ah! ¡qué felicidad la mia!

Ros. ¿Que estabais ahí Emilio? ¿qué tienes?

Emil. Amada Rosa, estoy loco: fuera de mí: una guitarra rota, vestidos pisoteados: ¡quién lo creyera!

Ros. ¿Qué quieres decir con eso? (*Confusa.*)

Emil. Que el cielo nos hizo el uno para el otro. ¡Qué simpatía! ¡qué conformidad de genios tan estraordinaria!

Ros. ¿Cómo?

Emil. Como yo soy lo mismo que tú, impaciente, colérico, furioso todo lo rompo, todo lo hago añicos.

Ros. Tú te chanceas.

Emil. Te juro, que no: escucha, Rosa; ya no quiero disimular mas contigo: vas á saberlo todo: lo primero es menester confesarte que mi tio me ha educado muy mal.

Ros. ¡Tú mal educado!

Emil. Malditamente: desde mi niñez anunciaba tener un genio indómito, maltrataba á mis maestros, pegaba á los criados, y mi tio ciego por el cariño que me tenia, juzgaba que todo esto era escelente. Ve aquí, decia, un muchacho que promete, y que tendrá energia.

Ros. Sin embargo ::

Emil. Como no han reprimido nunca mi altivez, se ha ido aumentando con la edad: cuando me desposé contigo, hice varias reflecsiones sobre este punto.. ¿qué pensará (me decia yo á mí mismo) cuando descubra mi carácter? me tendrá por un monstruo, y me aborrecerá.

Ros. ¡Ay Emilio!

Emil. Esta idea me hizo enternecer; pero juzga tú ahora, cual habrá sido el esceso de alegria al descubrir que tú tenias el mismo defecto, pues puedo prometerme que lo disculparás en mí de buena gana, cogiéndote á tí de medio á medio.

Ros. ¿Con qué tienes el genio violento?

Emil. Furioso.

Ros. Pero es particular, que no lo haya penetrado antes de nuestro matrimonio.

Emil. Eso no tiene nada de estraño: como yo procuraba agradarte, me reprimia delante de tí: y sin duda has hecho tú lo mismo; pero ya no hay para contenernos.

Ros. Y yo te creia tan amable ::

Emil. No, no hay nada de eso: es fuego lo que circula por mis venas; y á la menor contradiccion::

Ros. Yo lo mismo: á poco que me contradigan, el corazon se me altera, y me pongo tan furiosa; pero esto no me dura mucho tiempo, Emilio.

Emil. Ni á mí: un instante despues, como sino hubiera pasado nada.

Ros. Y me desespero si he dado que sentir á cualesquiera.

Emil. Yo lo mismo; pero tengo la desgracia de que dentro de dos minutos, empiezo á rabiar de nuevo.

Ros. Eso es terrible.

Emil. ¿Y por qué? ¿no tienen todos sus defectos? nosotros somos muy felices en tener uno mismo: á lo menos no se dirá que nuestros genios son incompatibles: yo creo que estamos bien dotados: la viveza anuncia siempre un buen corazon: ademas que en teniendo cierta indulgencia recíproca el uno al otro, ¿á qué fin nos hemos de sujetar? Desaltémonos á ca la paso para gozar las delicias de hacer las paces.

Ros. ¡Las paces! luego piensas encolerizarte conmigo.

Emil. Amada Rosa, tú sabes que este es un movimiento independiente del alma, y de la razon. Cuando la sangre sube á la cabeza, está uno capaz de todo: yo entonces no conozco á nadie; pero en pasándome el rebato, no dudes que me verás á tus pies.

Ros. Sí: eso es muy lisonjero; ¿pero no es verdad que tendremos que hacer las paces las menos veces que se pueda?

Emil. ¡Ah! ¿sabes que tenemos seis convidados á comer? Aquí viene tu hermano, te dejo con él un momento para ir á dar mis disposiciones. A Dios, Rosa: no puedes figurarte cuanto me tranquiliza la confianza que acabo de hacerte.

ESCENA XI.

Dichos y Volmar que habla bajo al irse.

Volm. ¿Qué hay?

Emil. Ya he principiado, y creo que esto saldrá bien. (*Vase.*)

Volm. ¿Qué tienes hermana? ¿estás pensando todavía en tu doncella?

Ros. Sí; de doncellas se trata.

Volm. Pero parece que estás pensativa! ¿qué reflecsionas?

Ros. Ay de mí! bastante motivo tengo para reflecsionar.

Volm. ¡Oh! sí: yo te lo creo.

Ros. Hermano, déjate de chanzas, mira que no estoy de buen humor. (*Se oye ruido de mesas derrivadas, muebles y platos rotos.*

Volm. ¿Qué ruido es aquel?

Ros. ¡Ay Dios mio! ¿si será él? (*Vuelve á oirse el ruido.*)

Volm. El estruendo se aumenta: creo que estan peleando.

Ros. Hermano, yo te ruego ::

Volm. No tengas miedo: voy corriendo á ver que es esto, y vuelvo á decírtelo. (*Vase.*)

Ros. Estoy temblando:: ¡ay Jesus ¿si será Emilio? pero sino ha hecho mas que apartarse de nosotros: ah! demasiado voy conociendo que no me ha engañado: pero yo no adivino como con una fisonomía tan amable ::

ESCENA XII.

Rosa y Volmar que vuelve.

Ros. ¿Qué es hermano?

Volm. Es tu señor marido.

Ros. ¿Emilio? ¿pero qué tiene?

Volm. Si, si, anda á preguntárselo: yo me lo he hallado con el rostro encendido, los ojos ardiendo, que habiendo hecho huir á todos los criados de casa, estaba derribando las mesas, los muebles, y rompiendo la china y los espejos.

Ros. ¡Vírgen! ¿y mi magnífico almuerzo, el regalo de boda que me hizo mi tia?

Volm. Te aseguro que me ha disgustado mucho un proceder semejante, y quise sosegarlo; y me respondió con un tono...

Ros. No te ofendas hermano; es que tiene el genio algo violento: mira tú, el mismo me lo ha confesado.

Volm. ¿Y bien, qué diablo? cuando uno tiene ese defecto no se casa nunca; y te juro, hermana, que si yo hubiera sabido...

Ros. ¡Ay Volmar! míralo venir por allí con el mismo aire furioso. (*Dentro Emilio...*) Pícaros...

Ros. No le digas nada, hermano: yo te lo ruego; en estos instantes no conoce á nadie... ¡qué ojos tan desencajados!

ESCENA XIII.

Rosa cerca de su cuarto, Volmar, y Emilio que llega furioso.

Emil. ¡Bribones!

Volm. ¡Emilio!

Emil. Dejadme ahora con mil diablos: no me hables porque...

Ros. Jesus! no me ha quedado en las venas ni una gota de sangre. Voy á encerrarme en mi cuarto, y volveré cuando se le haya pasado. (*Vase.*)

Volm. Ja, ja, ja.

Emil. ¡Qué tal!

Volm. ¡Qué miedo ha tenido! no sabia ella ni donde estaba de pies. Te doy la enhorabuena, Emilio.

Emil. Deja que deje mi empresa y entonces puedes dármela.

Volm. Vamos, valor hermano mio, que bien se necesita para arriesgar semejante prueba en un dia que regularmente se dedica á la ternera.

Emil. Por eso mismo es el mejor que yo he podido elegir. La hermosura tolera una leccion cuando es el amor quien se la da; pero luego que pasan los primeros ardores, en lugar de un preceptor amable, es mirado como un censor áustero y un pedante fastidioso. La razon que agrada en boca de un amante, incomoda en la de un marido. Descuida, Volmar, que todo lo he calculado.

Volm. Perfectamente! y pues te veo en buen camino, voy á escribir algunas cartas para mi regimien-

to, mientras llega la hora de comer. Hermano, en concluyendo tú este asunto, yo te rindo mi espada.

Emil. Acuérdate de que me has ofrecido ayudarme.

Volm. Te he dado mi palabra, y puedes contar con ella. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

Rosa entreabriendo su puerta con aire medroso, Emilio que toma un carton, y se sienta á dibujar.

Ros. Veamos si está furioso todavía. Emilio, ¿se pasó ya eso?

Emil. ¿Ah, eres tú Rosa?

Ros. ¿Qué estás haciendo ahí?

Emil. Acabar para tí una cosa que tengo empezada: estoy dibujando el jardin donde te ví la primera vez en casa de tu tia.

Ros. Para no impedirte que trabajes, yó voy á ponerme á bordar. (*Se sienta al bastidor.*)

Emil. Rosa, ¿sabes que me he puesto colérico despues que me aparté de tí?

Ros. Y muy bien que lo sé: me has hecho pasar un miedo!:

Emil. Todo ello no ha sido nada.

Ros. ¿Cómo que no ha sido nada?

Emil. He dejado la casa límpia de criados: á escepcion de German y Teresa, á todos los he despedido.

Ros. Estabas tan tranquilo cuando me dijaste.. ¿cómo te has enfadado tan pronto?

Emil. ¿Qué quieres? hacia tanto tiempo que me estaba conteniendo, que aproveché la primera ocasion; qué estruendo habrás oido! ¿no es verdad?

Ros. Pero miren con que frescura lo dice. (*Aparte y bordando.*)

Emil. Si vieras la sala, (*Riéndose.*) cualquiera dirá que es un campo de batalla: tu almuerzo de china se lo llevó el diablo. (*Rién.*)

Ros. Sí, ríete, yo te lo aconsejo, ríete.

Emil. ¡Qué frescura respira este paysage, (*Continuando el dibujo*) qué deliciosa tranquilidad! acércate Rosa.

Ros. No Emilio, no, nada tengo que hacer junto á tí: ¿con que has roto mi almuerzo de china?

Emil. Eso ha sido un pronto; no nos echamos nada en cara, Rosa: ¿no has hecho pedazos tú la guitarra?

Ros. Sí; pero hay mucha diferencia, porque no era tuya.

Emil. Yo he roto en el discurso de mi vida mas de diez flautas y otros tantos violines.

Ros. ¡Jesus mil veces!

Emil. Si no fuera tan colérico, seria buen músico, pero al primer pasage difícil que encuentro, rasgo los papeles y derrivo los atriles.

Ros. ¡Ay Emilio! ¿qué perverso defecto tienes?

Emil. Tenemos. Plugiera á Dios que solo tuviera que arrepentir-

me de semejantes frioleras.

Ros. ¿Pues qué mas has hecho, Emilio?

Emil. No, no puedo decírtelo.

Ros. Perdona, que ya me lo dirás. Vamos, ¿quieres decírmelo pronto?

Emil. Fue un arrebato; déjame acabar esta cascada.

Ros. Dale; no señor, deja tu dibujo, dime lo que has hecho.

Emil. Ay triste, ¡qué costosa declaracion ecsiges de mí! Vas á tenerme en adelante en muy mala opinion. (*Levantándose.*)

Ros. Vamos, habla. (*Impaciente.*)

Emil. Ya conoces á German, ese fiel y antiguo criado...

Ros. ¿Y qué?

Emil. La voy á amedrentar. (*ap.*) Hace seis años que en un arrebato de mi cólera tuve la desgracia de romperle un brazo.

Ros. Romperle un brazo! Oh Emilio! eso es terrible! es verdad que yo soy sumamente viva; pero nunca hice nada de eso. Es cierto que he roto algunos muebles.

Emil. Tú eres muger, y es preciso que las cosas guarden proporcion; yo soy mas fuerte que tú ::: las pasiones de los hombres::: ¡pobre viejo German! este fatal recuerdo me atormentará toda mi vida.

Ros ¡Romper un brazo!

Emil. Ah, ¡y si no fuera mas que eso!

Ros. ¿Cómo? ay Dios mio! ¿todavía hay mas?

Emil. Ya puedes hacerte cargo que con un carácter así, habré tenido mas de un desafio, y que...

Ros. Ay esposo! no desafies mas á nadie, si no quieres verme morir.

Emil. ¿Y qué tengo de hacer?

Ros. Corregirte: Emilio es preciso: dame palabra de corregirte.

Emil. Eso es imposible.

Ros. Pues ¿qué piensas que no se puede perder ese defecto?

Emil. No Rosa; está en la masa de la sangre.

Ros. Pues yo te probaré que puede corregirse.

Emil. Lo que mas deseo es que me convenzas.

Ros. ¿Quieres ofrecerme solamente que yo te sirva de modelo? hazme esta promesa, y yo te haré un regalo.

Emil. Un regalo::

Ros. Sí: te daré mi retrato.

Emil. Como Rosa! ¿tenias tu retrato y no me lo has dado ayer, en el dia de nuestra boda?

Ros. No se ha de dar todo en un dia: yo te ruego lo traigas siempre metido en el pecho, y cuando conozcas que te vas á enfadar, fija en él los ojos un instante: entonces tu espíritu se tranquilizará: en lugar de la impaciencia, quedará el tierno amor, y bien pronto, siguiendo este método, será mi Emilio el mas pacífico de los hombres, así como el mas amable.

Emil. Me encanta tu discurso.

Ros. ¿Y qué piensas del preservativo?

Emil. Que es escelente: corriendo voy á que me retraten.

Ros. ¿A que te retraten? ah! ya entiendo.

Emil. Pero dame ese hermoso retrato, que estoy impaciente por tenerlo.

Ros. Espera: lo tengo en la gaveta de mi tocador. ¿Dónde está la llave? ¿qué hice yo de la llave?

Emil. Qué aturdida! veamos (*ap.*) en que para.

Ros. ¿No la has visto tú? (*Buscándola.*)

Emil. No.

Ros. Búscala tambien: te estás con una paciencia! (*Tira los libros.*)

Emil. Si es inutil: tú la has perdido.

Ros. No habrá un instante que la tenia en la mano... estoy segura de... ah! ya me acuerdo: Teresa es quien debe tenerla. Teresa? Teresa? (*Llamando impaciente.*) No te impacientes, Emilio. Teresa, Teresa, Teresa. No te impacientes.

Emil. Lindo! perfectamente! (*ap.*)

ESCENA XV.

Dichos, y Teresa que viene despacio.

Ter. Ya estoy aquí, señora, ya estoy aquí.

Ros. Vamos pronto, la llave de mi tocador.

Ter. ¿Qué llave, señora?

Ros. ¿Qué llave? la que te dí esta mañana.

Ter. ¿La que me habeis dado esta mañana? pero, señora, yo os la he devuelto.

Ros. ¿Me la has devuelto á mí?

Ter. Si señora.

Ros. ¿Cómo te atreves á decir semejante cosa?

Ter. Si señora; os la volví á poner en la mano.

Ros. Esto es demasiado.

Ter. Por señas que estabais en este mismo sitio, como estais ahora.

Ros. Esta muger es capaz de matarme.

Ter. Y aun me acuerdo de que estabais enfadada.

Ros. ¡Qué atrevimiento, Emilio! qué desverguenza! es imposible aguantar tales criados.

Emil. Ahora me toca enfurecerme. (*ap.*) Espera. German, German.

ESCENA XVI.

Dichos y German.

Germ. ¿Qué mandais, señor?

Emil. ¿Has encontrado tú la llave del tocador de la señora?

Ger. No señor.

Emil. ¿Con que tú tienes la culpa? (*á Teresa.*)

Ros. Sin duda.

Ter. Señora, si tuvierais faltriqueras como yo, no sucederia esto.. (*Colérica.*)

Ros. Impertinente, vete al instante de mi casa: no vuelvas en tu vida á ponerte en mi presencia.

Ger. Jesus señora; permitidme decir que quien os oyera meter tanto ruido por una llave, diria...

Emil. ¡Insolente! ¿tú te atreves á perder el respeto á la señora? ¡Miserable! vete de mi casa, y que jamas vuelvas á ponerte á mi vista.

Ger. ¡Ay mi buen amo!

Emil. Esto es aguantar demasiado.

Ter. ¡Ay Dios mio! ¿qué le ha dado? (*Ap.*)

Emil. ¡Pobres criados! (*Ap.*) ¡Atreverse á echar la culpa á la señora! ¿todavia estais aquí? Idos de mi vista, os repito por la última vez. Idos, ó temer mi furor.

Los criados. ¡Ay pobres de nosotros! ¡Ay nuestro buen amo, Dios mio! (*Vanse llorando.*)

ESCENA XVII.

Rosa y Emilio.

Emil. Como abusan estos criados de las bondades que se tienen con ellos.

Ros. ¡Qué groseros son!

Emil. ¡Qué bribones!

Ros. ¡Embusteros! siempre son ellos los que ocasionan las discordias en los matrimonios.

Emil. Ya no tenemos ninguno, con que en adelante estaremos::

Ros. Sin duda.

Emil. Sin embargo; realmente nos hemos enfadado por bagatelas. Bien te decia yo, que seria dificil corregirnos.

Ros. Te juro Emilio, que esta será la última vez que me suceda. Es un defecto perverso. Mientras mas lo contemplo en tí... ¿Sábes que en los momentos de furor el semblante te se pone horroroso? Vaya, te pones desconocido.

Emil. Eso no es estraño. La cólera trastorna las facciones, desencaja los ojos. Si tú te pudieras ver entonces, tambien tú te desconoceria. No, en verdad que no estás bonita.

Ros. Emilio, es preciso que nos corrijamos decididamente.

Emil. Pues vamos, no haya mas rebatos, ni furores; se acabó todo.

Ros. ¿Me lo prometes?

Emil. Con toda mi alma.

Ros. Pues veremos quien cae primero en faltas. Desde luego estoy bien segura que no seré yo.

Emil. Ah! Yo no tengo tanta firmeza: me ha de costar infinito; y si tú no me das egemplo, no tengo valor para responder de mí.

Ros. Tratemos de otra cosa.

Emil. ¿Quieres cantar algo, para que este rato nos sea menos molesto?

Ros. ¡Oh emilio, qué buen pensamiento! Dicen que la música serena los espíritus, y prepara el alma para los dulces sentimientos.

Emil. Ve aquí justamente una cancion nueva sobre la paz del himeneo, que nos conviene perfectamente: vaya, si me la acompañas con el piano, yo estoy

pronto á cantarla.

Ros. En el momento, pero ha de ser con la condicion de que has de disimular mis defectos, y no has de ser tan satírica como acostumbras: yo lo hago por gracia, y no quisiera....

Ros. Te entiendo: corresponderé á tu confianza, animando con mi prudencia tu temor, y asegurándote, que te acompañaré sin impacientarme.

Emil. Me complaces.

Ros. Pues empieza.

(*Rosa toca el piano y Emilio canta.*)

Emil. ¿Qué tal te ha parecido?

Ros. Perfectamente.

Emil. Pues ahora es preciso que tú, y sin impacientarte, prosigas tocando alguna cosa de gusto, yo te acompañaré si me lo permites.

Ros. No quiero que te molestes tanto: ademas que quiero lucir sola mi habilidad: siéntate á mi lado, y escucha con atencion esta graciosa sonata.

(*Emilio se sienta, Rosa figura tocar una contradanza, rondó, ú otra cosa alegre que lo hacen desde el bastidor, hasta que Emilio interrumpe diciendo*)

Emil. Eso no vale nada.

Ros. ¿Cómo que no vale nada?

Emil. Lo dicho: á esas últimas notas, no les has dado el valor que en sí tienen, y si no, observa la diferencia.

(*Emilio toma el violin, y toca otro desde el bastidor lo último que ella ha hecho al piano, con alguna mudanza.*)

Emil. ¿Lo has visto?

Ros. Lo he visto. (*Incomodada*)

Emil. Pues vuelve á empezar.

(*Rosa toca, y al instante Emilio la interrumpe.*)

Emil. Válgame Dios; ¡y qué mal llevas el compas! absolutamente no estás en lo que haces.

Ros. Oh, esto ya es intolerable. (*Le tira el papel*)

Emil. Brabo! he aquí un lindo preceptor que da muy buenos ejemplos á sus discípulos.

Rosa. Escúchame: yo he prometido no enfadarme sin motivo, se entiende. (*Con dulzura.*)

Emil. ¿Qué es eso que estoy viendo atado en la punta del pañuelo?

Ros. ¡Ay Emilio! es la llave.

Emil. ¿Cuál? ¿la llave que la pedias á Teresa?

Ros. Ay triste! Sí.

Emil. Muy bueno Rosa. Y ve aquí dos honrados viejos despedidos; ¡Pobre Teresa! con qué mal modo la has tratado!

Ros. Esposo mio, estoy pronta á ir á pedirla perdon.

Emil. Sí, á buen tiempo: iria yo tambien á buscar á German, para confesarme culpado: ¿seria esto decoroso?

Ros. Pues bien Emilio, ¿quieres hacer una cosa? tú has despedido á German, yo le hablaré, y tú buscarás á Teresa por la misma razon... ¿no te parece que nos será muy agradable reparar el

uno por el otro los males que hayamos causado recíprocamente?

Emil. Si me dejara llevar (*aparte*) de mi amor, ahora mismo le daba un abrazo: pero se acerca la conclusion; y es preciso acabar la obra... Cuando pienso que me he impacientado sin motivo me pongo furioso, desesperado ::: (*tira el violin.*) ¿Y nuestros convidados? No hay siquiera un criado para servir la mesa; es cosa terrible que por tu genio...

Ros. Perdóname Emilio, te lo suplico. ¿Qué no me respondes? ¡Ay Esposo!... (*Pausa.*)

ESCENA XVIII.

Dichos y Volmar.

Volm. Vaya, ¿comemos? Ola! Ola! Estais perfectamente colocados! cualquiera pensará al veros que llevais treinta años de matrimonio. ¿Nadie me responde? ¿Qué es esto? ¿Mi hermana llorando? ¿Qué significan estos libros derribados? ¡Qué escandalo! Emilio; ¿es esta la suerte que previenes á mi hermana? Pues que al dia siguiente de...

Emil. Volmar, sin duda te olvidas de que yo estoy en mi casa.

Ros. ¡O Dios! Yo estoy temblando. (*aparte*)

Volm. ¿No debias avergonzarte?...

Emil. Yo no recibo lecciones de nadie.

Volm. Tanto peor, porque lo necesitas.

Emil. Tú me estás insultando.

Ros. Volmar, mira que es mi esposo. Emilio, repara que es mi hermano.

Volm. Déjame, que quiero castigar...

Emil. Afectemos un tono misterioso. Volmar, ya me entiendes. (*Aparte á Volmar.*)

Volm. Sí, cuando gustes... (*Lo mismo.*)

Ros. ¡Ay cielos! ¿qué significan estas palabras?

Emil. Serénate: Esto no es nada..

Volm. No podemos esplicarnos aquí. (*A Volmar con misterio.*)

Emil. Hazme el favor de contenerte delante de mi esposa.

Volm. Si, si, hablemos mas bajo. (*alto.*)

Ros. ¿Qué pensais engañarme? No; bien penetro vuestras horribles ideas.

Emil. Vaya, no te sobresaltes, ya estamos tranquilos.

Ros. Esa tranquilidad me hace estremecer.

Emil. Volmar, voy á esperarte. (*A él alto, y se vá.*)

Volm. Dentro de un instante cuenta conmigo.

ESCENA XIX.

Rosa y Volmar.

Ros. ¡O cielos! Emilio se ha ido: ¿dónde vas tú, hermano?

Volm. Déjame salir.

Ros. No, no, hermano mío, no has de salir de aquí.

Volm. ¡Infame! yo le enseñaré...

Ros. ¡Ah Volmar! heme aquí postrada, impidiéndote el paso.

Volm. Déjame: él me ha insultado, y entre militares...

Ros. Pues bien, si quieres vengarte, á tus pies me tienes; pero te pido por tu mismo honor que respetes la vida de un esposo, sin el que yo no puedo vivir.

Volm. Vamos, en favor tuyo...

(*Despues de algun silencio.*)

Ros. Volmar, dame palabra de que este disgusto no tendrá otras consecuencias: yo te lo ruego.

Volm. Está bien, sí: yo te lo prometo.

Ros. ¡Ay hermano! Ahora sí que me llenas de alegria.

(*Abrazándole.*)

Volm. ¿Pobre Rosa?

Ros. Cuidado que parece destino inevitable que todo el mundo se ponga colérico en esta casa. Yo soy viva... Emilio violento... tú arrebatado.

Volm. Pero tu marido tiene mucha necesidad de buena leccion.

Ros. Oh! Sin duda: porque es verdad que tiene un genio perverso. Pero escucha, hermano: ahora que nadie nos oye, voy á confiarte un secreto... yo he formado el proyecto de corregirlo.

Volm. ¿Tú?

Ros. Sí, yo: quiero ser su preceptor: con que déjame que tenga esta gloria. No puedes figurarte los progresos que hoy ha hecho en su enmienda. En el momento en que tú veniste á interrumpirnos, estaba yo para reducirlo enteramente.

Volm. Bah!

Ros. Sí, de verdad, y así te suplico, hermano, que no te metas otra vez en esto. Eres demasiado vivo, y de lo contrario me espones á que pierda todo el fruto de mis trabajos.

ESCENA XX.

Dichos y un Jardinero hablando muy alto.

Jard. Señor mayor, el capitan Emilio me dijo, me parece, que tuviera cuidado de entregaros este papel á solas. (*Toma la carta Volmar y lee para sí...*)

Volm. Bruto, vamos, véte.

(*Vase el Jardinero.*)

Ros. Una carta de Emilio, ¡Qué misterio! ¿Qué dice esa carta hermano? enséñamela.

Volm. No puedo, Rosa.

Ros. Yo quiero verla.

Volm. ¿Para qué? Sirviera de afligirte.

Ros. ¿No te he dicho que yo la quiero ver? (*Quitándosela.*)

Lee. »Hermano mio: apenas me »he separado de tí, cuando el »remordimiento se ha apodera»do de mi alma: es preciso »que la impaciencia sea un vi»cio detestable, cuando me hi-

» zo capaz de querer destrozar
» el corazon de aquel á quien
» debo la esposa mas querida:
» ¿Por qué le habré yo dado una
» mano tan poco digna de ella?
» Pero á lo menos, pues no hay
» otro remedio, no pienso ha-
» cer infeliz una vida que me
» es mas apreciable que la mia
» acaso la reflexion y la au-
» sencia, conseguirán moderar
» mi genio impetuoso. He que-
» rido ahorrarme una dolorosa
» despedida, me ausento y...

Hermano, no puede estar muy lejos; toma tu mejor caballo; corre, vuela, y tráelo contigo. Dile que yo sufriré con paciencia todos sus defectos, dile que jamas me quejaré de ellos, pero véte que se pasa el tiempo.

Volm. Yo te prometo hacer todos mis esfuerzos.

Ros. Véte pronto; yo te lo ruego, y sino iré yo corriendo.

Volm. Ya voy, á Dios. (*vase.*)

ESCENA XXI.

Rosa, y Teresa, con un lio de ropa.

Ter. Señora, vengo á despedirme, pues, segun me lo habeis mandado, voy á dejar esta casa.

Ros. ¿Pues qué, mi buena Teresa, me dejarás de este modo? No: vuélvete á dentro, yo te lo pido, y olvida las sinrazones que te he hecho sufrir.

Ter. No señora: mirad: bien conozco que para nada puedo servir. Si me quedara en casa, sucederia lo mismo al cabo de dos dias. Tengo la desgracia de ser vieja, y ya en mí no puede haber mudanza.

Ros. Te aseguro, Teresa...

Ter. ¡Válgame Dios! ¡cuánto cuesta separarse de aquellas personas con quienes una pensaba pasar toda su vida!

Ros. Me está destrozando el corazon. (*Aparte.*)

Ter. ¡Pobre de mí! habia nacido en esta casa, y creia morir en ella. Treinta y dos años he servido á la señora condesa difunta: era tan buena, tan amable! Así estaba querida, adorada de todo el mundo.

Ros. ¡Oh! cuánto estoy sufriendo! (*Ap.*)

ESCENA XXII.

Dichas, y German con su maleta debajo del brazo.

Rosa. ¿German, tambien te vas tú?

Ger. Si señora.

Ros. ¡O Dios! todo el mundo me abandona!

Ger. Mi amo me ha despedido.

Ros. No, amigo, no; entrambos os quedarés en casa.

Ger. ¿Cómo habia yo de esperar nunca que se me hubiese tratado tan mal?

Ros. Tienes razon; Emilio ha tenido un pronto inescusable; pero ya sabes que su genio es muy violento.

Ger. ¿Mi amo, señora?

Ter. ¿El capitan Emilio? Eso es una calumnia.

Ros. Al cabo de tanto tiempo que le estais sirviendo, ya podeis estar acostumbrados á sus arrebatos.

Ger. Os han engañado indignamente. Señora, todo es al contrario; nos ha colmado de beneficios hasta ahora. Nuestro buen amo Emilio, es el hombre mas benéfico, el mas afable....

Ter. De mejor carácter....

Ger. Y del gusto mas igual en toda la comarca: lo citan como el modelo de la dulzura, y de la bondad.

Ros. ¿Qué dices? ¿pues cuando era muchacho no apaleaba á los criados de su tio?

Ger. ¿Mi amo apalear á los criados?

Ter. Señora, ¿quién os ha dicho todas esas mentiras?

Ger. Cuando era niño, si su tio tuvo que regañarle alguna vez, fue por su genio encejido.

Ros. Todo lo que oigo....

Ger. Desde que le sirvo, nunca se ha enfadado conmigo. Cuando tenia la desgracia de hacer algo mal hecho, me lo reprendia con un tono tan afable, con tan buen modo....

Ros. ¿Y el brazo que te ha roto?

Ger. ¿El brazo que me ha roto? ¡Jesus mil veces! Yo creo, señora, que se han querido divertir á vuestra costa; permitidme que os lo diga.

Ter. Mi buen amo es incapaz...

Ger. Solamente despues de su boda se ha mudado su genio, como habeis visto. Yo no sé qué espíritu maligno ha entrado en esta casa.

Ros. ¡Qué escucho! ¡qué rayo de luz! (*Ap.*) Amigos, dejadme sola un instante; pero no os alejeis de aquí. Vuestro amo os aprecia como siempre, y no querreis darle que sentir; ¿no es cierto?

Ter. ¡Ah! Dios lo sabe.

Ros. Pues quedaos, porque vuestra ausencia le causaria mucho pesar.

Ter. Vamos, muger.

Ros. Estad seguros de que en adelante no hallareis aquí mas que corazones que os amen. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII.

Rosa, German y Teresa, que al irse encuentran á Emilio, y Volmar que los detienen, quedándose al foro.

Ros. ¡Válgame Dios! Emilio, es de un carácter dulce, afable; y se ha fingido colérico y arrebatado. Estando á mi lado, dice en su carta causaria la desgracia de mi vida. Con que ¿soy yo quien hace infeliz la suya? Y tiene la generosidad de acusarse!... esta carta... esta ausencia, sin duda son un fingimiento; pero pudieran ser muy

pronto una espantosa verdad. ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos en su presencia? Pero, ¿qué digo? nunca mas que ahora debo estar segura de su amor.

ESCENA XXIV.

Dicha, Emilio, Volmar, Teresa y German que salen.

Emil. Sí, amada Rosa.

Ros. ¡Esposo mio!... (*Abrázanse.*) Ya lo sé todo; estos me lo han dicho; tú has convencido á un tiempo mi entendimiento, y mi corazon: ¿y era yo la que pretendia darte lecciones?

Emil. Las mejores son las que se reciben cuando se piensa darlas.

Ros. Emilio, para ser un hombre tan amable has fingido perfectamente: tú has sido colérico, impetuoso; mudemos papeles: yo quiero ser, (dando tú el ejemplo,) amable y benéfica; pero aun haré mas: porque tú me has imitado algunos momentos, yo quiero imitarte mientras viva.

Emil. No se corrige tan facilmente un defecto, amada Rosa: acaso volverás á dar en él alguna vez; pero con el auxilio de la indulgente amistad, al cabo triunfarás de tí misma. Entonces conocerás que la afabilidad y la beneficencia, son el mas precioso adorno de un sexo amable, y la prenda mas segura de la felicidad de dos esposos.

FIN.

CON LICENCIA. BARCELONA:

En la Oficina de Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. M. Plaza del Angel.

En la misma Oficina se hallará un buen surtido de Comedias y Sainetes.